

*El acontecimiento será  
nuestro maestro interior.*

Emmanuel Mounier

## EDITA

**Instituto Emmanuel Mounier**

Melilla, 10 - 8° D  
28005 Madrid

Dirección del I. E. M. en Internet:

<http://www.pangea.org/spie/iem>

Correo electrónico:

[iem@pangea.org](mailto:iem@pangea.org)

## CONSEJO DE REDACCION

Luis A. Aranguren Gonzalo

José María Berro

Juan Ramón Calo

Antonio Calvo (*Presidente  
del Instituto E. Mounier*)

Luis Capilla

Carlos Díaz

José Fernández (*SOLITEC*)

Luis Ferreiro (*Director*)

Teófilo González Vila

Eduardo Martínez

Manuel Sánchez Cuesta

Andrés Simón

Rafael Á. Soto

José María Vinuesa

Correo electrónico Director:

[lferreiro@interbook.net](mailto:lferreiro@interbook.net)

*El Instituto Emmanuel Mounier  
trabaja desde la sociedad civil al ser-  
vicio de los valores de la persona en  
comunidad. Todas las personas que  
colaboran en esta revista y en el resto  
de sus actividades lo hacen de mane-  
ra voluntaria y desinteresada.*

Periodicidad: trimestral.

Administración, suscripciones,  
publicidad:

**Instituto Emmanuel Mounier**

Melilla, 10 - 8° D

28005 Madrid

Teléfono/Fax: 91 473 16 97

Déposito legal: M-3.949-1986

Diseño y producción:



LA FACTORÍA DE EDICIONES

Plaza del Callao, 1 - of. 407

E-28013 Madrid (España)

Teléfono/Fax: 91 521 32 20

Fotografías: Photodisc

Impresión: Color 2002, S. L. (Getafe)

## Del fin de los tiempos al tiempo de los fines

Luis Ferreiro

Director de *Acontecimiento*

El año 2000 no ha traído más temores que el de un apocalíptico efecto informático amenazando al mundo virtual. Además, algunas sectas han aprovechado para lunáticas y sangrientas ceremonias sacrificiales y poco más.

Más bien parece que el tiempo ya no se siente ni se padece, ni como acontecer personal ni, mucho menos, como acontecer histórico. El tiempo no se puede acabar, sencillamente, porque se ha acabado ya.

El tiempo, tal como lo hemos concebido hasta ahora, fue un invento del judaísmo y del cristianismo, la promesa recibida inauguraba una actitud hacia el futuro, la espera de su cumplimiento, y una actitud hacia el pasado, la memoria de las intervenciones liberadoras de Dios a favor de su pueblo y de la humanidad entera. La esperanza creó la duración, el discurrir de la vida, la historia como algo que no pertenece al imperio de naturaleza o, mejor, como lugar de encuentro entre la tierra y el cielo. La memoria creó la identidad de estirpe elegida, la conciencia de ser una comunidad distinguida.

El rechazo del tiempo corresponde a una mentalidad para la cual es insufrible por radicalmente malo, y su paso penoso porque nos lleva al acabamiento, por eso hay que anularlo, perder la conciencia de él por diversos medios, sea la huida, el olvido, el carpe diem... Se trata de vivir lo efímero como si fuera lo eterno. Cada uno puede exclamar, como Fausto: «*dente instante, eres tan bello*»; y, con ello, vivir en la ilusión del final del paso de su tiempo. Claro que, de repente, nos damos cuenta que aún hay niños que

mueren atropellados por los tranvías o sus equivalentes.

El tiempo histórico suele ser conculso, pero también para él hemos inventado remedios. Ha bastado distribuir la riqueza, el poder, la técnica y las armas de forma que las amenazas se alejen de un mundo privilegiado que se ha dado a sí mismo el destino de disfrutar la paz del consumo. Haya paz en el interior de las murallas del Norte, hágase su voluntad y perezca el resto del mundo. Aquí se ha acabado la historia.

La humanidad ha creado para ello los infinitos medios materiales con los que ahogar en el río del olvido las viejas etapas en las que la devastación de la guerra, de las epidemias, del hambre y de otros males hacían a la humanidad desgraciada. Hoy, aquella pesadilla está superada y se ha hecho realidad el sueño de Heine: «*Queremos ya, aquí en la tierra, alcanzar el reino de los cielos; el otro se lo dejamos a los ángeles y los gorriones*». Así pues, si hoy habitamos la bienaventuranza podemos declarar que el tiempo histórico queda abolido.

Y es que el fin de los tiempos ha venido siempre que se ha llegado a un tiempo sin finalidad, cuando no hay nada por hacer y, sobre todo, nadie por quien vivir y luchar.

Pero este año no deja de ser muy a propósito para hacer balances, para analizar críticamente las tendencias de la humanidad, tanto las que debemos consolidar como las que debemos rectificar. No es mal momento para reconciliarse con el planeta, y sobre todo para que la humanidad se reconcilie consigo misma. La declaración del Año Jubilar, por parte de la Iglesia, ha querido invitarnos también a ello, jun-

